



III

AQUELLA tarde hablaron la Regenta y el Magistral en el paseo. El Arcipreste procuró que se encontraran y por su confianza con la Regenta facilitó la entrevista.

Pocas veces habían cruzado la palabra la hermosa dama y el Provisor, y nunca había pasado la conversación de los lugares comunes á que obliga el trato social.

Doña Ana Ozores no era de ninguna cofradía. Pagaba una cuota mensual en las Escuelas Dominicales, pero no asistía á las lecciones ni á las conferencias; vivía lejos del círculo en que el Provisor reinaba.

Éste visitaba poco á las personas que no podían ó no querían servirle en sus planes de propaganda. Cuando el señor don Víctor Quintanar era Regente de Vetusta,

el Magistral le visitaba en todas las solemnidades en que exigían este acto de cortesía las costumbres del pueblo; estas visitas las pagaba con la exactitud que él usaba en estos asuntos el señor Quintanar, el más cumplido caballero de la ciudad, después de Bermúdez. Los cumplimientos del Magistral fueron escaseando, sin saberse por qué, cuando se jubiló don Víctor, y por fin cesaron las visitas. Don Víctor y don Fermín se hablaban algunas veces en la calle, en el Espolón; se saludaban siempre con la mayor amabilidad. Se estimaban mutuamente. Las calumnias con que la maledicencia perseguía á De Pas tenían un aislador en don Víctor; por su conducto no se propagaban, y aun tomaba á su cargo deshacer su pernicioso influencia. Doña Ana jamás había hablado á solas con el Magistral, y después que cesaron las visitas apenas volvió á verle de cerca. Á lo menos ella no lo recordaba. Don Cayetano, que sabía esto, hizo un simulacro de presentación diplomática en el tono jocoserio que nunca abandonaba. Ellos, la Regenta y el Magistral, habían hablado poco; todo casi se lo había dicho Ripamilán y lo demás Visitación, que acompañaba á la de Quintanar. Doña Ana volvió pronto á su casa. Se recogió temprano aquella noche.

De la breve conversación de la tarde no recordaba más que esto: que al día siguiente, después del coro, el Magistral la esperaba en su capilla. Le había indicado, aunque por medio de indirectas, que convenía, al mudar de confesor, hacer confesión general.

Había hablado con mucha afabilidad, con voz meliflua, pero poco, con cierto tono frío, y algo distraído al parecer. No le había visto los ojos. No le había visto más que los párpados, cargados de carne blanca. Debajo de las pestañas asomaba un brillo singular.

Cerca del lecho, arrodillada, rezó algunos minutos la Regenta.

Después se sentó en una mecedora junto á su tocador, en el gabinete, lejos del lecho por no caer en la tentación de acostarse, y leyó un cuarto de hora un libro devoto en que se trataba del sacramento de la penitencia en preguntas y respuestas. No daba vuelta á las hojas. Dejó de leer. Su mirada estaba fija en unas palabras que decían: *Si comió carne...*

Mentalmente y como por máquina repetía estas tres voces, que para ella habían perdido todo significado; las repetía como si fueran de un idioma desconocido.

Después, saliendo de no sabía qué pozo negro su pensamiento, atendió á lo que leía. Dejó el libro sobre el tocador y cruzó las manos sobre las rodillas. Su abundante cabellera, de un castaño no muy oscuro, caía en ondas sobre la espalda y llegaba hasta el asiento de la mecedora, por delante le cubría el regazo; entre los dedos cruzados se habían enredado algunos cabellos. Sintió un escalofrío y se sorprendió con los dientes apretados hasta causarle un dolor sordo. Pasó una mano por la frente; se tomó el pulso, y después se puso los dedos de ambas manos delante de los ojos. Era aquella su manera de experimentar si se le iba ó no la vista. Quedó tranquila. No era nada. Lo mejor sería no pensar en ello.

«¡Confesión general!» Sí, esto había dado á entender aquel señor sacerdote. Aquel libro no servía para tanto. Mejor era acostarse. El examen de conciencia de sus pecados de la temporada lo tenía hecho desde la víspera. El examen para aquella confesión general podía hacerlo acostada. Entró en la alcoba. Era grande, de altos artesones, estucada. La separaba del tocador un intercolumnio con elegantes colgaduras de *satín* granate. La Regenta dormía en una vulgarísima cama de matrimonio dorada, con pabellón blanco. Sobre la alfombra, á los piés del lecho, había una piel de tigre, auténtica. No había más imágenes santas que

un crucifijo de marfil colgado sobre la cabecera; inclinándose hacia el lecho parecía mirar á través del tul del pabellón blanco.

Obdulia, á fuerza de indiscreción, había conseguido varias veces entrar allí.

«—¡Qué mujer esta Anita!

»Era limpia, no se podía negar, limpia como el armiño; esto al fin era un mérito... y una pulla para muchas damas vetustenses.»

Pero añadía Obdulia:

«—Fuera de la limpieza y del orden, nada que revele á la mujer elegante. La piel de tigre, ¿tiene un *cachet*? Ps... qué sé yo. Me parece un capricho caro y extravagante, poco femenino al cabo. La cama es un horror! Muy buena para la alcaldesa de Palomares. ¡Una cama de matrimonio! ¡Y qué cama! Una grosería. ¿Y lo demás? Nada. Allí no hay sexo. Aparte del orden, parece el cuarto de un estudiante. Ni un objeto de arte. Ni un mal *bibelot*; nada de lo que piden el *confort* y el buen gusto. La alcoba es la mujer como el estilo es el hombre. Dime cómo duermes y te diré quién eres. ¿Y la devoción? Allí la piedad está representada por un Cristo vulgar colocado de una manera contraria á las *conveniencias*.»

«—Lástima—concluía Obdulia, sin sentir lástima,— que un *bijou* tan precioso se guarde en tan miserable joyero!»

«Ah! debía confesar que el juego de cama era digno de una princesa. ¡Qué sábanas! ¡Qué almohadones! Ella había pasado la mano por todo aquello, ¡qué suavidad! El satin de aquel cuerpecito de regalo no sentiría asperezas en el roce de aquellas sábanas.»

Obdulia admiraba sinceramente las formas y el cutis de Ana, y allá en el fondo del corazón, le envidiaba la piel de tigre. En Vetusta no había tigres; la viuda no podía exigir á sus amantes esta prueba de cariño. Ella

tenía á los piés de la cama la caza del león, pero estampada en tapiz miserable!

Ana corrió con mucho cuidado las colgaduras granate, como si alguien pudiera verla desde el tocador. Dejó caer con negligencia su bata azul con encajes crema, y apareció blanca toda, como se la figuraba don Saturno poco antes de dormirse, pero mucho más hermosa que Bermúdez podía representársela. Después de abandonar todas las prendas que no habían de acompañarla en el lecho, quedó sobre la piel de tigre, hundiendo los piés desnudos, pequeños y rollizos en la espesura de las manchas pardas. Un brazo desnudo se apoyaba en la cabeza algo inclinada, y el otro pendía á lo largo del cuerpo, siguiendo la curva graciosa de la robusta cadera. Parecía una impúdica modelo olvidada de sí misma en una postura académica impuesta por el artista. Jamás el Arcipreste, ni confesor alguno, había prohibido á la Regenta esta voluptuosidad de distender á sus solas los entumecidos miembros y sentir el contacto del aire fresco por todo el cuerpo á la hora de acostarse. Nunca había creído ella que tal abandono fuese materia de confesión.

Abrió el lecho. Sin mover los piés, dejóse caer de bruces sobre aquella blandura suave con los brazos tendidos. Apoyaba la mejilla en la sábana y tenía los ojos muy abiertos. La deleitaba aquel placer del tacto que corría desde la cintura á las sienes.

«—¡Confesión general! —estaba pensando.— Eso es la historia de toda la vida. Una lágrima asomó á sus ojos, que eran garzos, y corrió hasta mojar la sábana.

Se acordó de que no había conocido á su madre. Tal vez de esta desgracia nacían sus mayores pecados.

«Ni madre ni hijos.»

Esta costumbre de acariciar la sábana con la mejilla

la había conservado desde la niñez.—Una mujer seca, delgada, fría, ceremoniosa, la obligaba á acostarse todas las noches antes de tener sueño. Apagaba la luz y se iba. Anita lloraba sobre la almohada, después saltaba del lecho; pero no se atrevía á andar en la oscuridad y pegada á la cama seguía llorando, tendida así, de bruces, como ahora, acariciando con el rostro la sábana que mojaba con lágrimas también. Aquella blandura de los colchones era todo *lo maternal* con que ella podía contar; no había más suavidad para la pobre niña. Entonces debía de tener, según sus vagos recuerdos, cuatro años. Veintitrés habían pasado y aquel dolor aún la enternecía. Después, casi siempre, había tenido grandes contrariedades en la vida, pero ya despreciaba su memoria; una porción de necios se habían conjurado contra ella; todo aquello le repugnaba recordarlo; pero su pena de niña, la injusticia de acostarla sin sueño, sin cuentos, sin caricias, sin luz, la sublevaba todavía y le inspiraba una dulcísima lástima de sí misma. Como aquel á quien, antes de descansar en su lecho el tiempo que necesita, obligan á levantarse, siente sensación extraña que podría llamarse nostalgia de blandura y del calor de su sueño, así, con parecida sensación, había Ana sentido toda su vida nostalgia del regazo de su madre. Nunca habían oprimido su cabeza de niña contra un seno blando y caliente; y ella, la chiquilla, buscaba algo parecido donde quiera. Recordaba vagamente un perro negro de lanas, noble y hermoso; debía de ser un terranova.—¿Qué habría sido de él?—El perro se tendía al sol, con la cabeza entre las patas, y ella se acostaba á su lado y apoyaba la mejilla sobre el lomo rizado, ocultando casi todo el rostro en la lana suave y caliente. En los prados se arrojaba de espaldas ó de bruces sobre los montones de yerba segada. Como nadie la consolaba al dormirse llorando, acababa por buscar

consuelo en sí misma, contándose cuentos llenos de luz y de caricias. Era el caso que ella tenía una mamá que le daba todo lo que quería, que la apretaba contra su pecho y que la dormía cantando cerca de su oído:

Sábado, sábado, morena,
cayó el pajarillo en treña
con grillos y con cadenaaa...

Y esto otro:

Estaba la pájara pinta
á la sombra de un verde limón...

Estos cantares los oía en una plaza grande á las mujeres del pueblo que arrullaban á sus hijuelos...

Y así se dormía ella también, figurándose que era la almohada el seno de su madre soñada y que realmente oía aquellas canciones que sonaban dentro de su cerebro. Poco á poco se había acostumbrado á esto, á no tener más placeres puros y tiernos que los de su imaginación.

Pensando la Regenta en aquella niña que había sido ella, la admiraba y le parecía que su vida se había partido en dos, una era la de aquel angelillo que se le antojaba muerto. La niña que saltaba del lecho á oscuras era más enérgica que esta Anita de ahora, tenía una fuerza interior pasmosa para resistir sin humillarse las exigencias y las injusticias de las personas frías, secas y caprichosas que la criaban...

«—¡Vaya una manera de hacer examen de conciencia!»—pensó doña Ana algo avergonzada.

Salió descalza de la alcoba, cogió el devocionario que estaba sobre el tocador y corrió á su lecho. Se acostó, acercó la luz y se puso á leer con la cabeza hundida en las almohadas. *Si comió carne*, volvieron á ver sus ojos cargados de sueño; pero pasó adelante.

Una, dos, tres hojas... leía sin saber qué. Por fin, se detuvo en un renglón que decía :

—«Los parajes por donde anduvo...»

Aquello lo entendió. Había estado, mientras pasaba hojas y hojas, pensando, sin saber cómo, en don Álvaro Mesía, presidente del casino de Vetusta y jefe del partido liberal dinástico ; pero al leer : «Los parajes por donde anduvo», su pensamiento volvió de repente á los tiempos lejanos. Cuando era niña, pero ya confesaba, siempre que el libro de examen decía «pase la memoria por los lugares que ha recorrido», se acordaba sin querer de la barca de Trébol, de aquel gran pecado que había cometido, sin saberlo ella, la noche que pasó dentro de la barca con aquel Germán, su amigo... ¡Infames ! La Regenta sentía rubor y cólera al recordar aquella calumnia. Dejó el libro sobre la mesilla de noche—otro mueble vulgar que irritaba el buen gusto de Obdulia—apagó la luz... y se encontró en la barca de Trébol, á media noche, al lado de Germán, un niño rubio de doce años, dos más que ella. Él la abrigaba solícito con un saco de lona que habían encontrado en el fondo de la barca. Ella le había rogado que se abrigara él también. Debajo del saco, como si fuera una colcha, estaban los dos tendidos sobre el tablado de la barca, cuyas bandas oscuras les impedían ver la campiña ; sólo veían allá arriba nubes que corrían delante de la cara de la luna.

—¿ Tienes frío ?—preguntaba Germán.

Y Ana respondía, con los ojos muy abiertos, fijos en la luna que corría, detrás de las nubes :

—¡ No !

—¿ Tienes miedo ?

—¡ Cá !

—Somos marido y mujer—decía él.

—¡ Yo soy una mamá !

Y oía debajo de su cabeza un rumor dulce que la



arrullaba como para adormecerla; era el rumor de la corriente.

Se habían contado muchos cuentos. Él había contado además su historia. Tenía papá en Colondres y mamá también.

—¿Cómo era una mamá?

Germán lo explicaba como podía.

—¿Dan muchos besos las mamás?

—Sí.

—¿Y cantan?

—Sí, yo tengo una hermanita que le cantan. Yo ya soy grande.

—¡Y yo soy una mamá!...

Después venía la historia de ella. Vivía en Loreto, una aldea, algo lejos de la ría por aquel lado, pero tocando con el mar por allá arriba, por el arenal. Vivía con una señora que se llamaba aya y doña Camila. No la quería. Aquella señora aya tenía criados y criadas y un señor que venía de noche y le daba besos a doña Camila, que le pegaba y decía: «Delante de ella no, que es muy maliciosa.»

Le decían que tenía un papá que la quería mucho y era el que mandaba los vestidos y el dinero y todo. Pero él no podía venir, porque estaba matando moros. La castigaban mucho, pero no la pegaban; eran encierros, ayunos y el castigo peor, el de acostarse temprano. Se escapaba por la puerta del jardín y corría llorando hacia el mar; quería meterse en un barco y navegar hasta la tierra de los moros y buscar a su papá. Algún marinero la encontraba llorando y la acariciaba. Ella le proponía el viaje, el marinero se reía, le decía que sí, la cogía en los brazos, pero el pícaro la llevaba a casa del aya y la volvían al encierro. Una tarde se había escapado por otro camino, pero no encontraba el mar. Había pasado junto a un molino; un perro le había cerrado el paso al atravesar el puente

de la acequia, hecho con un tronco hueco de castaño; Ana se había echado sobre el tronco porque se mareaba viendo el agua blanca que ladraba debajo como el perro en frente de ella. El perro había pasado por encima de Anita; no había querido morderla. Ella entonces, desde la otra orilla, le llamó y le dijo:

—Chito, toma, ahí tienes eso.

Era su merienda que llevaba en un bolsillo; un poco de pan con manteca mojado en lágrimas.

Casi siempre comía el pan de la merienda salado por las lágrimas. Cuando estaba sola lloraba de pena; pero delante del aya, de los criados y del hombre, lloraba de rabia. Había encontrado después del molino un bosque y lo había cruzado corriendo, cantando, y eso que tenía aún los ojos llenos de llanto, pero cantaba de miedo. Al salir del bosque había visto un prado de yerba muy verde y muy alta...

—¿Y allí estaba yo, verdad?—gritó Germán.

—Es verdad.

—Y te dije si querías embarcarte en la barca de Trébol, que el barquero había sido mi criado, y yo era de Colondres, que está al otro lado de la ría.

—Es verdad.

La Regenta recordaba todo esto como va escrito, incluso el diálogo; pero creía que, en rigor, de lo que se acordaba no era de las palabras mismas, sino de posterior recuerdo en que la niña había animado y puesto en forma de novela los sucesos de aquella noche.

Después se habían dormido. Ya era de día cuando les despertó una voz que gritaba desde la orilla de Colondres. Era el barquero que veía su barca en un islote que dejaba el agua en medio de la ría al bajar la marea. El barquero les riñó mucho. A ella la condujo a Loreto un hijo de aquel hombre; pero en el camino les halló un criado del aya. Andaban buscán-

dola por todo el mundo. Creían que se había caído al mar. Doña Camila estaba enferma del susto, en cama. El hombre que besaba al aya cogió á Anita por un brazo y se lo apretó hasta arrancarle sangre. Pero ella no lloró.

Le preguntaron dónde había pasado la noche y no quiso contestar por temor de que castigarán á Germán si se sabía. La encerraron, no le dieron de comer aquel día, pero no declaró nada. Á la mañana siguiente el aya hizo llamar al barquero de Trébol. Según aquel hombre, los niños se habían concertado para pasar juntos una noche en la barca. ¿Quién lo diría? Ana confesó al cabo que habían dormido juntos, pero que había sido sin querer. Su propósito había sido hacerse dueños de la barca una noche, aunque los riñeran en casa, pasar de orilla á orilla ellos solos, tirando por la cuerda, y después volverse él á Colondres y ella á Loreto. Pero el agua de la ría se había marchado, la barca tropezó en el fondo con las piedras en mitad del pasaje y por más esfuerzos que habían hecho no habían conseguido moverla. Y se habían acostado y se habían dormido. De haber podido romper la cuerda que sujetaba la lancha se hubieran ido á la tierra del moro, porque Germán sabía el camino por el mar; ella hubiera buscado á su papá y él hubiera matado muchos moros; pero la cuerda era muy fuerte. No pudieron romperla y se acostaron para contarse cuentos de dormir.

Lo mismo había referido Germán al barquero, pero no se creyó la historia.

¡Qué escándalo! doña Camila cogió á Anita por la garganta y por poco la ahoga. Después dijo un refrán desvergonzado en que se insultaba á su madre y á ella, según comprendió mucho más tarde, porque entonces no entendía aquellas palabras.

Doña Camila culpaba al hombre que le daba besos, de las picardías de la niña.

—Tú le has abierto los ojos con tus imprudencias. Anita no entendía y el hombre, el señor del aya, reía á carcajadas.

Desde aquel día el hombre la miraba con llamaradas en los ojos, y sonreía, y en cuanto salía de la habitación el aya le pedía besos á ella, pero nunca quiso dárselos.

Vino un cura y se encerró con Ana en la alcoba de la niña y le preguntó unas cosas que ella no sabía lo que eran. Más adelante, meditando mucho, acabó por entender algo de aquello. Se la quiso convencer de que había cometido un gran pecado. La llevaron á la iglesia de la aldea y la hicieron confesarse. No supo contestar al cura y éste declaró al aya que no servía la niña para el caso todavía, porque, por ignorancia ó por malicia, ocultaba sus pecadillos. Los chicos de la calle la miraban como el hombre que besaba á doña Camila; la cogían por un brazo y querían llevársela no sabía á dónde. No volvió á salir sin el aya. Á Germán no había vuelto á verle.

—He escrito á tu papá diciéndole lo que tú eres. En cuanto cumplas los once años, irás á un colegio de Recoletas.

Esta amenaza de doña Camila no pasó de amenaza, pero Ana no sentía salir de Loreto, ir donde quiera.

Desde entonces la trataron como á un animal precoz. Sin enterarse bien de lo que oía, había entendido que achacaban á culpas de su madre los pecados que la atribuían á ella...

Al llegar á este punto de sus recuerdos la Regenta sintió que se sofocaba, sus mejillas ardían. Encendió luz, apartó de sí la colcha pesada y sus formas de Venus, algo flamenca, se revelaron exageradas bajo la manta de finísima lana de colores ceñida al cuerpo. La colcha quedó arrugada á los pies.

Aquellos recuerdos de la niñez huyeron, pero la có-